

La luz de la Reina

Lumen Reginae

Reinado 
de María

N.24-ABRIL 2022

Padre Rodrigo Molina

El Alma Mariana

María Virgen

En la Escuela del
Inmaculado Corazón

Cristo Crucificado:

Misterio inagotable
de amor

Reinado de Cristo

*"Santa María, Reina del cielo y Señora del mundo,
estuvo intrépida y fiel junto a la Cruz de su Hijo, sufriendo
dolor mortal, para cooperar a nuestra Redención".*

(P. Molina)



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.

Número 24
Abril 2022

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMar%C3%ADaRM

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

El Dogma de la Virginitad Perpetua de María



07

ALMA MARIANA

Padre Rodrigo Molina



08

VICTORIAS DE MARÍA

La conversión de la madre del P. German Cohen



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

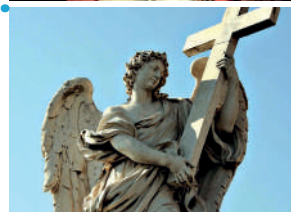
San Anselmo de Canterbury



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada al sacrificio



14

ESPECIAL

Las apariciones del Ángel
(Fátima - 1916)



18

TOTUS TUUS

SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

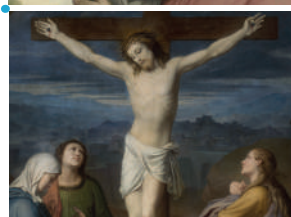
En camino con María: Vía Perfecta



20

REINADO DE CRISTO

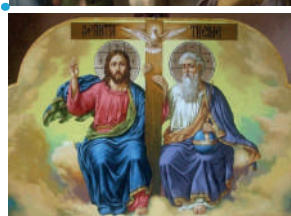
Cristo Crucificado: Misterio inagotable de amor



22

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

Dios Creador





MIREMOS LAS LLAGAS DE CRISTO con el Corazón Inmaculado de María

María estaba junto a la cruz de Jesús. María miraba a Jesús, ¿qué otra cosa podía hacer una madre que estar pendiente de su Hijo? Si el corazón del que ama está más donde ama que donde anima, el Corazón de María estaba, pues, en su Hijo, padeciendo con Él.

La Virgen María es, por antonomasia, la Virgen de los Dolores. Cristo está muriendo en la cruz, y María está muriendo en su Corazón. Su deseo sería tomar sobre sí los dolores del Hijo querido y transformarlos en Pasión.

Este dolor de María no es un

dolor desgarrado, sino un dolor transfigurado.

Ella es la Nueva Eva, la Mujer del *Protoevangelio* (cf. Gn 3, 15) que, aplastando la cabeza de la serpiente, acoge maternalmente a todos los hombres en su Corazón, librándonos del mal. Si la muerte nos vino por la primera Eva, la nueva Eva nos ha conseguido la nueva vida. María, la nueva Eva, Madre nuestra desde el árbol de la cruz, es la gran bendición para toda la humanidad.

En la cumbre del Calvario, como el árbol de la cruz, Ella se mantiene en pie, sin hundirla nada,

sin abrumarla nadie; está sostenida únicamente por el destello de luz que brota del rostro de Cristo. Allí su Corazón se dilata, su amor adquiere límites casi infinitos. En su Corazón cabemos todos; nos recibe a todos los hombres para aliviarnos, iluminarnos, cobijarnos y mostrarnos a Jesús, el fruto bendito de su vientre y de su Corazón.

Desde entonces, la tarea de María es hacer amanecer a Jesús en el corazón de los hombres.

Ella es como un misterioso hogar en donde el hombre cansado descansa de tanto bregar. En ese hogar aprendemos a llamar a Dios *Abba* (papá); a invocarle en el peligro y en la tentación; a pedirle que nos libre de todo mal; a bendecir su Nombre y a repetir: «*Hágase en mí según tu voluntad*».

Corazón Inmaculado de María,
Depósito de la Misericordia de Dios,

- *Ten piedad de nosotros*

Corazón Inmaculado de María,
Manantial del Costado abierto de Cristo,

- *Ten piedad de nosotros*

Corazón Inmaculado de María,
Memoria perpetua de un Dios que MUERE para dar VIDA al pecador (que soy yo),

- *Ten piedad de nosotros*

Corazón Inmaculado de María,
Consuelo de Dios en la CRUZ,

- *Enséñame a ser feliz como los niños de Fátima, en la Cruz con Cristo.*

EL DOGMA DE LA

Virginidad perpetua de María

(SEGUNDA PARTE)

«**M**aría toda entera y totalmente es Virgen; en su carne y en su espíritu, en su mirada y en su contacto, en sus pensamientos y en sus afectos, en sus palabras y obras...; virgen, plenamente pura, inmaculada, de tal manera virgen, que virginizaba, si es lícito hablar así, a los que la contemplaban... por esto agradó tanto al Altísimo, que fue más amada que todas las demás criaturas, y fue escogida para ser la Madre de Dios». (Santo Tomás de Villanueva)

La prerrogativa de la *virginidad* de María Santísima ha sido siempre para los hijos de la Iglesia uno de los privilegios más queridos. Como que ha llegado a remplazar al nombre propio y se la llama *la Virgen*, a secas, es decir, la Virgen por antonomasia, la Virgen Santísima, y todos sabemos, sin nombrarla, que es María, la Madre de Dios y de los hombres.

María no solo es virgen, es la Virgen de las vírgenes. Su virginidad es absolutamente única, una virginidad gloriosa y fecunda que produjo un Dios-humanado, y tan fecunda que la hizo Madre de todos los hombres, y cuanto más Virgen, más Madre, hasta serlo de todos, del Creador y de las criaturas.

Siempre Virgen

La virginidad es no solo el hecho material de un estado de integridad corporal, sino que es una determinada actitud espiritual y religiosa plenamente comprometida por amor de Dios y del Reino de los Cielos. Así lo entiende la Iglesia.

Dios quiso darle a Jesús una madre Virgen.

Un corazón virgen significa haber dado pleno consentimiento al pleno dominio de Dios. Un corazón virgen, vacío de todo, es el ambiente adecuado para una presencia plena y exclusiva de Dios. Es la virginidad para un SÍ, la virginidad del SÍ

incondicional a Dios. Es decir, una virginidad que es privación de todo en tanto en cuanto es necesario para poder decir un SÍ incondicional que ponga todo lo propio al servicio de la causa de Dios.

La virginidad de María no es una virginidad para un vaciado, sino que es una operación de vaciado para un llenado más y mejor de Dios. La virginidad de María permite la fecundidad de Dios, es ese único estado deseado por Dios en María en el que puede ya asumir a María y hacérsela tan necesaria que sin María el plan de la redención no se puede realizar.

Y Dios llena todos los espacios es-

pirituales vacíos, como el de María, para fecundizarlos, Dios es la fertilidad. Donde entra fecunda. Por eso María, la extraordinariamente vacía, fue la extraordinariamente fecundada por el Espíritu de Dios: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra...*» (Lc 1, 35) y quedó María constituida en Madre de todos los vivientes del mundo de la resurrección.

El voto de perpetua virginidad

La virginidad no fue en María tan solo una exquisita virtud, sino el milagro permanente de su vida y el testimonio de mayor excepción de su dignidad. Y ese milagro permanente era obra del Dios de la pureza infinita.

La mayoría de los Santos Padres y expositores sagrados creen que María ratificó con un voto, desde jovencita, su propósito de mantenerse virgen durante toda su vida.

La Virgen María tenía este compromiso con Yahvé, nuestro Dios, de conservar siempre su pureza virginal, y se lo comunicó a San José antes de celebrar los desposorios y más tarde al arcángel San Gabriel (Lc 1, 34). Compromiso hecho seguramente desde muy niña, inspirado por el Espíritu Santo, que gobernó siempre su vida.

La Sagrada Escritura lo insinúa claramente en las palabras que dirigió María al ángel de la anunciación: «*¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?*» (Lc 1,34).

Esas palabras, como dice San Agustín y toda la Tradición Cristiana, no tendrían sentido

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN



si la Virgen no hubiera tomado la determinación de mantenerse siempre virgen, toda vez que estaba desposada ya con San José. Precisamente por su propósito de perpetua virginidad pregunta al ángel de qué manera se verificaría el Misterio de la Encarnación que acaba de anunciarle. María no duda, no pone condiciones: simplemente pregunta qué es lo que tiene que hacer teniendo en cuenta su propósito de virginidad perfecta.

Este voto lo hizo, probablemente, de acuerdo con San José y juntamente con él.

El matrimonio de María y José

El matrimonio de María y José fue un matrimonio real y verdadero. Pero el contrato natural entre María y San José tuvo

una característica del todo excepcional y singularísima, como excepcional y singularísima era la finalidad intentada por Dios con este matrimonio santísimo: salvaguardar la virginidad de María con la virginidad de San José.

María pertenece a José y José pertenece a la divina María; con tanta verdad que su matrimonio es muy verdadero, puesto que se han entregado el uno al otro. Pero ¿de qué manera se entregaron? Se entregan recíprocamente su virginidad y sobre esta virginidad se ceden un derecho mutuo. ¿Qué derecho? El de guardársela el uno al otro. Sí, María tiene el derecho de guardar la virginidad de José, y José tiene el derecho de guardar la virginidad de María. Son dos virginidades que se unen para conservarse eternamente la una a la otra.

Jamás matrimonio alguno fue tan maravillosamente fecundo como este matrimonio virginal. El Espíritu Santo realizó el milagro de que la virginidad de María, amparada y salvaguardada por la virginidad de José, trajera al mundo nada menos que al Hijo de Dios, al deseado de las naciones, al Redentor de la humanidad, que se dignó someterse no solamente a María, su verdadera madre física, sino también a San José, a quien respetaba y veneraba con el dulcísimo nombre de padre.

Es sabido, la concepción del Verbo divino en las entrañas virginales de María se hizo en virtud de una acción milagrosa del Espíritu Santo, sin intervención alguna de San José. Lo dice expresamente el Evangelio (cf. Mt 1,18-20; Lc 1, 35), y es uno de los dogmas fundamentales de nuestra fe católica.





P. Rodrigo Molina

20º ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO

(28 de abril de 2002 – 28 de abril de 2022)

Recordamos una vida: la de nuestro querido P. Molina, inspirador del Reinado de María. Festejamos con alma, vida y corazón a una persona que amó y nos enseñó a amar a la Señora. Sí, hoy nos alegramos con él y por él en Santa María.

Santa María fue el secreto de la sólida virtud del P. Molina. Porque solo Ella, como Mediadora maternal que es, fue la que derramó en su corazón las maravillas que en el orden de la gracia nos mereció su Divino Hijo, Jesucristo. Por eso, todo tenía que estar envuelto en María.



Para el Padre era sencillamente impensable un presbiterio sin una imagen suya, un día sin el rezo del Santo Rosario, un mes de mayo sin el *Ejercicio de las flores*, un Primer Sábado sin una especial solemnidad, celebrar su fiesta de la Inmaculada sin la novena preparatoria, una Solemnidad suya sin una Vigilia comunitaria previa; una empresa sin su patrocinio, propaganda sin su imagen.

A sus proyectos apostólicos más ambiciosos quiso llamarlos CI-SAMA: Ciudad Santa María... Quedó muy influenciado de la entera consagración mariana según la explicó y vivió San Maximiliano María Kolbe, San

Luis M^a Grignion de Montfort, San Antonio María Claret y San Juan Eudes.

Siempre alentó a sus hijos a profundizar en el privilegio de María como Mediadora maternal de todas las gracias. Quería que contribuyeran a que esta verdad fuera definida por el Santo Padre. Le disgustaban profundamente las corrientes teológicas que soslayaban -como él decía- los privilegios y grandezas de Santa María. Él, por el contrario, siguiendo a los santos y al Magisterio auténtico, la elevaba al puesto excelso que le corresponde como Madre de Dios y Madre nuestra.

El Padre sabía por experiencia que la Virgen nunca falla y por eso tenía para con Ella una confianza sencillamente ilimitada. Sin la intervención personal de la Virgen, no tiene explicación cómo pudo hacer el Padre todo lo que hizo. De ahí su afán en darla a conocer y amar, en promover su exaltación como Mediadora Maternal de todas las gracias, de emplear todas sus fuerzas en marianizar el mundo.

«Santa María: ¡Milagro de Dios! Lugar de la irrupción de Dios en la historia de la humanidad. ¿No la vamos a amar? ¿No la vamos a engrandecer? ¿No la vamos a venerar?». (P. Molina)



La conversión de la madre del P. German Cohen

Jamás debemos dudar del poder de nuestra bendita Madre cuando le encomendamos a nuestros seres queridos. Nos sirva de consuelo este ejemplo histórico:

El P. German Cohen, religioso carmelita convertido del judaísmo, recibió en 1855 la noticia de la muerte de su madre. Había rogado tanto y tanto había hecho rogar por su conversión...

Viajó a Ars y confió al santo Cura las inquietudes que sentía por su pobre madre, muerta sin la gracia del bautismo. «Tenga esperanza –le respondió el hombre de Dios– y espere. Usted recibirá un día, en la fiesta de la Inmacu-

lada Concepción, una carta que le traerá un gran consuelo».

Así fue. El 8 de diciembre de 1861, seis años después de la muerte de su madre, el Padre German recibió una carta escrita por una santa mujer que murió más tarde con fama de santidad. En ella relataba que en una conversación con Nuestro Señor, después de la Santa Comunión, le preguntó a Jesús cómo era posible que, siendo la bondad misma,

hubiera podido resistir a los ruegos del Padre German y no hubiese concedido la conversión de su madre.

La carta dice así:

«En los últimos momentos de la madre del Padre German, cuando estaba a punto de exhalar el último suspiro y que parecía estar privada de conocimiento, casi sin vida, María, nuestra buena Madre, se presentó ante su divino Hijo y, postrándose a sus pies, le dijo:

“Gracia, piedad, Hijo mío, por esta alma que va a perecer. Un instante más y estará perdida, perdida para siempre. Haz, te lo ruego, por la madre de mi siervo German, lo que quisieras que él hiciera por la tuya, si ésta estuviese en su lugar y tú estuvieras en el suyo. El alma de su madre es su bien más querido. Mil veces me la ha dedicado y la ha confiado a mi amor, a la solicitud de mi Corazón. ¿Podré soportar que perezca? No, no; esta alma me pertenece, la quiero, la reclamo como herencia, como el precio de tu Sangre y de mis dolores al pie de tu Cruz”.

Apenas la excelsa suplicante había acabado de hablar, cuando una gracia fuerte, poderosa, brotó del manantial de todas las gracias, del Corazón adorable de nuestro Jesús y fue a iluminar el alma de la pobre judía moribunda, triunfando instantáneamente de su obstinación y resistencia.

Esta alma se volvió inmediatamente con amorosa confianza hacia Aquél cuya misericordia la perseguía hasta en los brazos de la muerte, y le dijo:

“¡Oh Jesús, Dios de los cristianos, Dios que mi hijo adora! Yo creo, yo espero en Ti, ¡ten piedad de mí”.

En este grito, oído de Dios solo y que partía de las más íntimas profundidades del corazón de la moribunda, estaba encerrado el arrepentimiento sincero de sus culpas, el deseo del bautismo, la voluntad expresa de recibirlo y de vivir los preceptos de nuestra santa religión en el caso de que hubiera podido volver a la vida.

Este impulso de fe y de esperanza en Jesús fue el último sentimiento de su alma. En el instante en que ella subía hacia el trono de la divina misericordia, los débiles lazos que la retenían a su envoltura mortal se rompieron y caía a los pies de Aquél que había sido su salvador antes de erigirse en juez.

Después de haberme mostrado todas estas cosas, Nuestro Señor añadió: *“Comunica todo esto al padre German; es un consuelo que quiero otorgar a sus prolongadas penas para que bendiga y haga bendecir por todas partes la bondad del Corazón de mi Madre y el poder que ejerce sobre el mío”*».



San Anselmo de Canterbury

« **T**odo lo que nace es criatura de Dios y Dios nace de María. Dios creó todas las cosas y María engendró a Dios. El que pudo hacer todas las cosas de la nada, no quiso rehacer sin María lo que había sido manchado.

Dios es, pues, el Padre de las cosas creadas, y María, la madre de las cosas recreadas. Dios es el Padre a quien se debe la constitución del mundo y María la madre a quien se debe su restauración. Pues Dios engendró a aquel por quien todo fue hecho y María dio a luz a aquel por quien todo fue salvado. Dios engendró a Aquél fuera del cual nada existe, y María dio a luz a Aquél sin el cual nada subsiste. ¡Verdaderamente el Señor está contigo, puesto que ha hecho que toda criatura te debiera tanto como a Él! ».

Esta es una de las oraciones más conocidas de San Anselmo, Arzobispo de Canterbury y Doctor de la Iglesia, que destacó por su brillante trabajo intelectual, en el que logró vincular con maestría la fe y la razón, la teología y la filosofía.

Nacido en el año 1033, en Aosta del Piamonte (Alpes italianos), fue educado por los Padres benedictinos. En 1060, ingresa en el monasterio de Bec, en Normandía, donde llega a ser abad. Allí compuso varias obras teológicas y filosóficas.

En sus cantos a María, la facilidad y el sentimiento no ceden en nada a la frescura y sinceridad de la inspiración. Estos delicadísimos poemas, llenos de un encanto indefinible, reflejan toda su alma, con su vibración dulce y emotiva, mezclada de un leve dejo de melancolía; con su pensar hondo, que le hace contemplar a María a través del velo de la creación; con su amor ardentísimo y confianza de niño para con la Reina de los ángeles:

«¡Oh bendita entre todas las mujeres, que vences en pureza a los ángeles, que superas a los santos en piedad! Mi espíritu moribundo aspira a una mirada de tu gran benignidad, pero se avergüenza al espectro de tan hermoso brillo».

Como teólogo se le recuerda por su defensa de la Inmaculada Concepción. Dirigiéndose a Ella en una ardiente oración, exclama: «¡Oh Mujer, llena de gracia, sobreabundante de gracia, cuya plenitud desborda a la creación entera y la hace reverdecer! ¡Oh Virgen bendita, bendita por encima de todo!, por tu bendición queda bendita



toda criatura, no solo la creación por el Creador, sino también el Creador por la criatura. Valiéndose de María se hizo Dios un Hijo, no distinto, sino el mismo, para que realmente fuese uno y el mismo el Hijo de Dios y de María».

Su palabra rebotante de unción y suavidad, penetraba las

almas. A pesar de tantas dificultades, siempre encontraba refugio en la Madre de Misericordia: «*Oh María, tiernamente poderosa y poderosamente tierna. De ti mana la fuente de la misericordia. No detengáis esta misericordia tan verdadera allí donde reconozcáis una verdadera miseria... Si mi miseria es más grande de lo que debiera ser ¿vuestra misericordia será más pequeña de lo que conviene?... Oh Gran Señora, mi corazón quiere amaros, mi boca alabaros, mi espíritu veneraros, mi alma suplicaos: todo mi ser se encomienda a vuestra protección...».*

Nombrado Arzobispo de Canterbury en 1093, tuvo que sufrir mucho por su defensa de la fe. En más de una ocasión fue desterrado de la isla por el Rey Guillermo, a quien reprendía por su desmedida ambición de poder y sus intrusiones en el campo religioso.

Falleció el año 1109, rodeado por sus hermanos monjes, en Canterbury.

Al final de su vida pudo gozar de aquella paz procedente de su gran fe en la Virgen de quien había afirmado: «*Todos los bienes nos han venido del bendito fruto, del seno bendito, de la bendita María*».

Fue canonizado en 1494.

Su fiesta se celebra el 21 de abril.

Llamada al sacrificio



En el corazón de la Semana Santa, queremos reflexionar sobre la importancia y el valor del sacrificio en nuestras vidas.

«Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios» –dijo el Ángel a los pastorcillos.

Y San Pablo nos recuerda que: *«Es preciso completar en nosotros lo que falta a la Pasión de Cristo, porque somos miembros de su Cuerpo Místico»* (Cf. Col 1, 24). Todos tenemos muchos pecados, por eso, todos tenemos el deber de sacrificarnos en reparación por nuestros pecados y por los de nuestros hermanos.

También la Virgen pidió a los pastorcitos: *«Sacrificaos por los pecadores»* (13 de julio), y más adelante: *«Haced sacrificios por los pecadores, pues van muchas almas al infierno por no tener quien se sacrifique por ellas»* (19 de agosto).

Así, la penitencia es una manifestación de amor, de desagravio y reparación al Señor por los pecados propios y los ajenos.

¿QUÉ ES EL SACRIFICIO?

Sacrificio significa renunciar a algo que nos cuesta en bien de alguien a quien amamos. La palabra *«sacrificio»* tiene un doble significado: el de renunciar libremente a algo de una manera aceptada o forzada, y el de ofrenda hecha a Dios.

Desde cualquier ángulo que se mire, en toda vida cristiana es necesario *«hacer sacrificios»* para luchar contra los propios defectos y malas inclinaciones, para adquirir las virtudes, en reparación por las ofensas hechas a Dios y para conseguir la conversión de los pecadores.

¿CÓMO HACER SACRIFICIOS?

Cuando los niños preguntan al Ángel cómo han de sacrificarse, éste les responde: «*De todo lo que pudierais, ofreced un sacrificio en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores*» (Cf. Segunda aparición del Ángel).

Entonces ellos comenzaron a hacer muchos pequeños sacrificios como: dar su merienda a los niños pobres, soportar sin quejarse los dolores corporales. Incluso llegaron a atar una cuerda de esparto a su cintura que los hacía sufrir mucho. La misma Virgen Santísima les dijo que el Señor estaba muy contento con sus sacrificios, pero no quería que durmieran con la cuerda, debían usarla solo durante el día. De esta manera la Virgen nos enseña que quiere nuestros sacrificios siempre que no vayan en detrimento de nuestra salud.

También nosotros podemos ofrecer a Dios en esta Cuaresma muchos pequeños sacrificios, ya buscados voluntariamente, o acogiendo con generosidad las circunstancias que Dios nos presenta. Por ejemplo: Levantarnos más temprano para ir a la iglesia o para rezar; apagar por un tiempo la televisión o el celular; renunciar a algún gusto en la comida, sufrir el frío o el calor sin quejarnos. En el vestuario: vestir con decencia y modestia, sin dejarnos esclavizar por la moda. Soportar con serenidad una palabra desagradable, una falta de atención, una ingratitud, la compañía de aquellos que nos son antipáticos o que nos importunan con preguntas indiscretas...

«Haced sacrificios por los pecadores, pues van muchas almas al infierno por no tener quien se sacrifique por ellas».



Esta renuncia a nosotros mismos es también muy agradable a Dios y meritoria para nosotros.

LAS PENITENCIAS EXTERNAS

Existen también sacrificios exteriores: obligatorios unos, voluntarios otros. Sacrificios obligatorios son, por ejemplo, las abstinencias y ayunos establecidos por la Iglesia. La Hermana Lucía nos dice que, frente a la necesidad que todos tenemos de hacer penitencia por los propios pecados y por los del prójimo, podemos usar algunos instrumentos de penitencia que han sido usados por muchos santos, para unirnos a Cristo flagelado y coronado de espinas. O rezar con los brazos en cruz o postrados con la fren-

te en el suelo, humillándonos así en la presencia de Dios.

Pero esta penitencia exterior siempre ha de ir acompañada de la interior, que consiste en doblar las rodillas del corazón, es decir, arrepentirse de la actitud soberbia que tiende hacia el pecado. Lo fundamental, lo esencial es el arrepentimiento o dolor interior que se manifiesta en la penitencia exterior. Jesús nos indica la gran necesidad que tenemos del sacrificio porque sin el espíritu de renuncia no entraremos en la vida eterna: «*Entrad por la puerta angosta, porque amplia es la puerta y ancho el camino que conduce a la perdición, y son muchos los que entran por ella. ¡Qué angosta es la puerta y estrecho el camino que conduce a la Vida, y qué pocos son los que la encuentran!*» (Mt 7, 13-14).

Las apariciones del Ángel de Portugal (FÁTIMA - 1916)

Las apariciones de la Virgen de Fátima en Portugal, 1917, tuvieron un preludio, una preparación para las visitas de la Madre de Dios.

Un año antes, por tres veces, los tres pastorcitos de Aljustrel recibieron la visita del Ángel de la Guarda de Portugal, que les enseñó a dar los primeros pasos en la oración y en la práctica de los sacrificios voluntarios por amor de Dios.

Esta experiencia sobrenatural fue relatada por la Hermana Lucía muchos años después, cuando escribió sus Memorias. En su momento, los pequeños pastores no dieron noticias de estas apariciones previas.

No se conoce la fecha exacta de las apariciones del Ángel en 1916. Los pastorcitos no sabían los nombres de los días de la semana o de los meses. La cronista, Lucía, se limita a dar unas referencias vagas: solo la estación.

El Santuario de Fátima decidió conmemorarlas el 21 de marzo, porque es la fecha del inicio de la primavera. Otros autores se aventuran a señalar algunas fiestas: 25 de marzo para la primera, el 15 de agosto para la segunda, y el 29 de septiembre ya en el otoño.

La primera experiencia de Lucía

La mayor de los tres videntes ya había contemplado un año antes unas visiones inesperadas. Con solo ocho años tuvo en 1915 tres apariciones del Ángel. Era al inicio de su oficio de pastora, y cuidaba el rebaño de su familia en compañía de tres niñas amigas suyas.

Un día, en el monte del Cabeço, durante el rezo del Rosario, las cuatro niñas vieron suspensa en el aire, entre la arboleda, una luz desconocida con forma humana. Fueron esas las primeras apariciones del Ángel, de una forma confusa, pues no se veían rasgos.

Las tres compañeras preguntan asustadas: “¿Qué es aquello?”. Lucía responde: “¡No lo sé!”. La misteriosa figura se desvaneció cuando terminaron el rezo. Lucía, que desde pequeña era reservada, al volver a casa no habló de eso a nadie. Pero sus compañeras sí lo contaron. Al cabo de unos días la madre preguntó a Lucía lo que ella había visto. Ella, sorprendida de que se le diera importancia a lo sucedido, respondió con sencillez: “Parecía una persona envuelta en una sábana... no se le veían ojos ni manos”. Y su madre, con un gesto de desprecio, concluyó: “¡Tonterías de niñas!”.





El Ángel de la Paz

Llegó 1916 y los dos primitos consiguieron el permiso de sus padres de acompañar a Lucía. Entonces, en esa primavera, se dio el primer encuentro con el Ángel de forma manifiesta. Mientras guardaban el rebaño, fueron a refugiarse de una lluvia menuda en los recovecos de los peñascos de la *Loca do Cabeço*. Al mediodía, después de comer sus provisiones, rezaron un Rosario, de un modo ingenioso que inventaron para abreviarlo y tener más tiempo para jugar. Nos cuenta la Hna. Lucía:

«Hacia poco tiempo que jugábamos cuando un viento fuerte sacudió los árboles y nos hizo levantar la vista para ver lo que pasaba, pues el día estaba sereno. Vemos, entonces, que sobre el olivar se dirige hacia nosotros la figura de la que ya hablé. Jacinta y Francisco aún no la habían visto, ni yo les había hablado de ella. A medida que se aproximaba, íbamos divisando sus facciones: un joven de unos catorce o quince años, más blanco que si fuera de nieve, el sol lo hacía transparente como si fuera de cristal, y de una gran belleza. Al llegar junto a nosotros, dijo: “¡No temáis! Soy el Ángel de la Paz. Orad conmigo”. Y, arrodillán-

dose en tierra, inclinó la frente hasta el suelo y nos hizo repetir tres veces estas palabras: “¡Dios Mío! Yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman”. Después, levantándose, dijo: “Orad así. Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas.

La atmósfera de lo sobrenatural que nos envolvió era tan intensa, que casi no nos dábamos cuenta de la propia existencia, por un gran espacio de tiempo, permaneciendo en la posición en que nos había dejado, repitiendo siempre la misma oración. La presencia de Dios era tan intensa e íntima que ni entre nosotros mismos nos atrevíamos a hablar. Al día siguiente, sentíamos el espíritu aún envuelto por esa atmósfera que solo muy lentamente fue desapareciendo».

El Ángel se retiró en dirección al Este, del lado donde nace el sol, del mismo por donde había venido, hasta desaparecer en la distancia. Era la misma dirección en que vendría la Señora más brillante que el sol.

Es de notar que Francisco ve la aparición pero no oye sus palabras. Las dos niñas acompañan las

oraciones que el mensajero celeste repite y Francisco repite como un eco las palabras que oye de su hermana y de la prima. Luego pregunta a las niñas lo que les ha dicho y ellas le van explicando poco a poco.

No es necesario que Lucía insista a sus primos para que guarden secreto. Es algo tan íntimo e inefable que ninguno siente ganas de hablar a nadie de lo que ha pasado.

Segunda aparición del Ángel

Pasados algunos meses, en el verano, los tres pastorcitos pasaban la hora de la siesta junto al pozo Arneiro, en el huerto de los padres de Lucía. En medio del juego se les aparece de nuevo el Ángel, el cual, con una suave reprensión les pregunta:

– *«¿Qué hacéis? Orad, orad mucho. Los Corazones Santísimos de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios.*

– *¿Cómo nos hemos de sacrificar? –le pregunté.*

– *En todo lo que podáis, ofreced a Dios sacrificios como acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y como súplicas*



ca por la conversión de los pecadores. Atraed así, sobre vuestra Patria, la paz. Yo soy el Ángel de su guarda, el Ángel de Portugal. Sobre todo, aceptad y soportad, con sumisión, el sufrimiento que el Señor os envíe».

Aquellas palabras se quedaron profundamente grabadas en su mente y poco a poco las iban comprendiendo en su significado e importancia: el valor de la mortificación cristiana, cómo agrada a Dios, y que en atención a esos sacrificios, Él concedía la salvación de los pecadores.

El sacrificio es, sobre todo, aprovechar las pequeñas circunstancias que nos cuestan, por amor a Dios, por una finalidad sobrenatural. También el fiel cumplimiento de los propios deberes de estado.

Tercera aparición del Ángel

Fue de nuevo en la gruta del *Ca-beço*. Para ellos ya era un lugar sagrado: allí se postraban y comenzaban a rezar la oración aprendida en la primera aparición.

Este día súbitamente en el rezo se sienten envueltos por una luz intensa. Se incorporan y ven al Ángel, que tiene en las manos un Cáliz y una Hostia, y de la cual caen algunas gotas de Sangre al Cáliz. El Ángel los deja suspendidos en el aire y se arrodilla con el rostro en tierra, gesto seguido por los Pastorcitos. Reza una oración más larga que la primera:

– *«Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los Sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendi-*

do. Y por los méritos infinitos de Su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores».

La va rezando lentamente, y por tres veces, para que ellos la repitan. Luego se levanta, toma en sus manos el Cáliz con la Hostia, da ésta a Lucía, y a sus primos les da a beber el Cáliz, mientras dice:

– *«Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios».*

Se postra de nuevo repitiendo tres veces la misma oración, y desaparece. Los Pastorcitos ya no notan la falta del Ángel. Tienen a Jesús en su corazón.

Aunque también muy cautivado por la presencia de lo sobrenatural, que los envuelve en esa tarde y les hace perder la noción del tiempo, Francisco es el que alerta a sus compañeras de la proximidad de la noche, y conduce el baño a casa.

Efectos de la aparición del Ángel

Después de las visitas y consejos del Ángel, sobre todo a partir de la segunda aparición, los pastorcitos comienzan a procurar, con avidez y más perseverancia, formas de ofrecer algún sacrificio por la paz, por la conversión de los pecadores y para consolar a Jesús. Están abiertos a descubrir las múltiples ocasiones de sacrificar todo lo que les podría dar placer y lo ofrecen por la paz. Están disponibles para todas las cruces que puedan aparecer, que Dios les envíe.

Se forma entre ellos una natural complicidad para buscar nuevos sacrificios sin que otros se den cuenta.

A partir de esta experiencia común, los tres niños se hacen inseparables. Lucía es el imán del que los primos no prescinden. Y para ellos es siempre preferible estar los tres solos juntos, para poder hablar del secreto.

En la pequeña Jacinta, niña de seis años, se ve una transformación interior. Antes aunque era dócil, tenía sus caprichos y rabietas cuando la contrariaban. Después de 1916 mudó visiblemente su conducta. Aceptaba lo que le proponían o mandaban, aunque le disgustara, para ofrecer un sacrificio de reparación. Se dedicaba con más gusto y prioridad a la oración, sin dejar de ser juguetona, como todas las niñas de su edad.

En Francisco, también se advirtió un cambio notable. Era de carácter dócil y condescendiente. Le gustaba pasar el tiempo ayudando al necesitado. Todos lo reconocían como un muchacho sincero, justo, obediente y diligente. Las palabras del Ángel en su tercera aparición: “*Consolad a vuestro Dios*”, hicieron profunda impresión en el alma del pequeño pastorcito. El deseaba consolar a Nuestro Señor y a la Virgen, que le había parecido estaban tan tristes.

Una vez Lucía le preguntó: “*Francisco, ¿qué prefieres más, consolar al Señor o convertir a los pecadores?*”. Y él respondió: “*Yo prefiero consolar al Señor. ¿No viste qué triste estaba Nuestra Señora cuando nos dijo que los hombres no deben ofender más al Señor, que está ya tan ofendido? A mí me gustaría consolar al Señor y después, convertir a los pecadores para que ellos no ofendan más al Señor*”. Y siguió: “*Pronto estaré en el cielo. Y cuando llegue, voy a consolar mucho a Nuestro Señor y a Nuestra Señora*”.

*En camino con María:
Vía perfecta*



Dios dice a todos los bautizados (Mt 5, 48): «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*», es decir, logrados, santos, intachables, irrefragables...

Esto lo vemos en numerosos pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento: coincide con Levítico (19, 2) «*Sed santos*». Y se complementa con Lucas 6, 36: «*Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo*».

El modelo de perfección es el Padre Celestial, que es bueno también con los que obran como enemigos suyos, y es rico en misericordia. En el concepto de Jesús, **esa perfección** que hemos de imitar en el divino Padre, **consiste en la misericordia** (Ef. 2, 4; 4, 32; Col. 3, 13). Y al Hijo, que es perfecto imitador e imagen del Padre.

«*Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irrefragables ante Él por el amor*». (Ef 1, 4)

El testimonio de los santos es claro. Dice San Jerónimo que no podemos imitar a Dios en su poder, en su magnificencia ni en otras perfecciones, pero podemos imitarlo de lejos en su **humildad**, en su **mansedumbre** y en su **caridad**.

Santa Catalina de Siena, de acuerdo con Santo Tomás responde que **la perfección consiste especialmente en la caridad**, primero en el amor a Dios, y luego en el amor al prójimo.

Esta perfección se consigue, y con suavidad, en la *Via mariae*. Por eso comentamos este mes otra característica del camino mariano: su **Perfección**.

María es camino perfecto porque nos lleva a la caridad auténtica, a la mayor unión con Jesús, porque logra liberarnos de todo apego te-

rrero, de todo egoísmo para unirnos a Él (SM 26). También es camino perfecto porque Ella misma es irrefragable, modelo sin sombra de pecado e imperfección.

Para hacernos una idea de lo que San Luis María Grignion de Montfort quiere decir, resumimos a continuación sus ideas:

«*Esta devoción a la Santísima Virgen es camino perfecto para ir a Jesucristo y unirse a Él. Porque María es la más perfecta y santa de las puras creaturas, y Jesucristo... no tomó otro camino... que María*». (VD. N° 157-158)

La Virgen es el camino que Dios escogió. El Todopoderoso descendió de manera perfecta hasta nosotros por medio de Ella, sin perder nada de su divinidad, poder y santidad.

El Incomprensible e Inaccesible se encarnó y encerró en su pequeña 'Esclavita', asumió nuestra humanidad, sin perder nada de su inmensidad ni de su Majestad.

Así nosotros, pequeños, gracias a Santa María podemos ascender hasta el Altísimo, dejándonos contener y conducir perfectamente y sin reservas por Ella.

Por la Virgen nos acercamos a Dios y nos unimos a Él perfecta e íntimamente, con confianza, sin temor de ser rechazados.

Es el modelo perfecto que imitar y la ayuda eficaz que nos debe socorrer.

Dios, en la creación podía haber hecho un mundo más perfecto, sin embargo no ha hecho nada mejor y más excelso que Santa María. Quiso y pudo crear para Sí una Madre perfectísima, sin sombra de defecto o imperfección alguna. Solo le supera el mismo Dios.

Esta Madre también es camino de

retorno para que nosotros la podamos imitar, invocar, sin temor a errar.

«*Prefiero seguir el camino inmaculado de María, vía o camino sin mancha ni fealdad, sin pecado original ni actual, sin sombras ni tinieblas*». (VD N° 158)

Podemos buscar entre los hombres un modelo de virtud para imitar, pero con cautela, pues todos tenemos manchas de pecados, y se corre el riesgo que menciona San Juan de la Cruz: «*Te pondrá el demonio delante sus imperfecciones... Imita a Cristo, sumamente perfecto y sumamente santo, y nuncaerrarás*». Esto no se aplica a María Santísima, que es Inmaculada y está indisolublemente unida a Cristo.

Si pensamos: «Yo no soy Dios, no puedo imitarlo», al menos podemos y debemos llegar al grado de perfección que esté a nuestro alcance. María, pura criatura, 'Madre de Misericordia', ha reproducido todas las disposiciones de Jesús con toda la perfección que puede esperarse de una criatura. Nos enseña cómo podemos también reproducir el divino Modelo. Merced a Ella, lo comprendemos mucho mejor a Él.

Al mismo tiempo que contemplamos a Jesús y a María, echamos de vez en cuando una mirada sobre nosotros. ¡Qué distintos somos de ellos! Mas ellos nos darán fuerzas para imitarlos.

Junto a María uno se da cuenta de los obstáculos que ha de vencer, de los medios que ha de tomar para irme acercando al divino Modelo. Consultaremos con Ella, y Ella nos irá moldeando conforme a la imagen de su Primogénito

«*Santa María es la primera y más perfecta y acabada discípula de Jesús*». (P. Rodrigo Molina)



*Cristo Crucificado:
Misterio inagotable de amor*

«Yo hago siempre según me manda mi Padre» (Jn 8,29). Jesús es el obediente. «Según me manda mi Padre»: esta sencilla frase indica toda la misión de Jesús, incluso sus padecimientos y muerte: «El cáliz que me ha dado mi Padre ¿no lo voy a beber?» (Jn 18, 11). «Yo de propia iniciativa no he hablado» (Jn 12, 48). «Precisamente por esto me ama el Padre, porque entrego mi vida de tal manera que la tomo de nuevo... Este mandato recibí de mi Padre» (Jn 10, 18).

Repetimos con frecuencia: Dios es amor. La Virgen María nos va a enseñar de modo plástico, audiovisual, lo que esa frase significa. Nos lleva con Ella al pie de la Cruz y nos dice: Mira al Crucificado. Plántate en el Gólgota y comprende al Crucificado.

¿Quién es el Crucificado?

Es Dios encerrado en los límites agobiantes de la debilidad humana. Y ¿por qué?: Por su inmenso amor. Por su inmenso amor a cada uno de nosotros: Porque Dios nos amó y nos ama no de broma.

Cristo crucificado habla también muy claro de la grandeza del hombre, de cada uno de nosotros, por más hundidos y enraizados en la debilidad que nos encontremos.

En ti brilla Dios, eres su imagen, y hasta tal grado, que Dios ha querido comprometerse contigo hasta dar su vida por ti, el hundido en ininterrumpidos y agobiantes problemas.

¿Solución a tus problemas?

Ser hombre con voluntad firme de servir a Dios, como Dios tiene decidida voluntad de darte salvación. Nada ni nadie puede poner dique a esa decidida voluntad de Dios: esto significa Jesús a los pies de sus discípulos lavándoles los pies y Jesús en la cruz, con su costado abierto para prestarnos el servicio de la fuente siempre abierta de los Sacramentos para lavar los pecados.

Y los ojos de Jesús crucificado están clavados insistentes en ti. Esperan respuesta.

Jesús emana atracción, Jesús imanta. Todo ojo limpio al verlo queda seducido. Si no lo quedas, es que tu ojo no es limpio. Estás enredado en fines egoístas y desordenados. Estás preso por ellos, atado al duro banco de tu desorden, eres su triste esclavo.

Los ojos limpios que se entrecruzan con Jesús quedan prendidos en Él. Ya no pueden desentenderse, ya no pueden despegarse.

Tu más venerado y glorioso timbre de gloria es seguir a Jesús, estar con Él, aceptar gozoso la comunión de vida que Jesús te ofrece.

Para aguantar el dolor de la cruz hay que estar tonificado. Sentir y vivir el amor a Jesús. Clava la mirada en Jesús: que su persona te enamore. La cruz sigue la misma, pesa lo mismo, pero tú has cambiado. El enamoramiento de Cristo te ha cambiado. Aceptas a Cristo y en Él y por Él la cruz del diario vivir. Al amar a Cristo amas la cruz con la que Él está identificado.

Y una nueva advertencia que nos hace Jesús:

En la ciencia del amor divino dos cruces pesan menos que una. Llevar solo una cruz es llevar solamente mi cruz pues soy egoísta y eso es inaguantable. Pero llevar dos cruces es señal que amo: que tomo la del prójimo como mía. Entonces todo cambia radicalmente. El amor me hace llevar bien mi cruz y la del hermano.

Este es el gran milagro del amor: mi cruz sola es inaguantable. La mía y la del hermano, al ser amor, son llevaderas. No te restes cruces del prójimo, porque te las multiplicas. Añádate cruces del prójimo: te crecerán alas para llevarlas. Es la eterna y siempre válida paradoja del amor.

Jesús derrama en mi favor toda la sangre-vida que posee. Por eso el Viernes Santo es el gran día de la reconciliación del hombre con Dios. El Viernes Santo es el único día de mi salvación.

El perdón es el don por excelencia que me trae Jesús. Por eso el perdón de Jesús no es meramente negativo, no es un mero borrar el pasado, sino que está cargado de positivo: es una donación de Dios a mí, Dios se me entrega para ser poseído por mí.

El perdón de Jesús es un perdón completo. Jesús viene a establecer solo una cosa: la soberanía real de Dios: el Reino de los Cielos. Este reino del amor es solo posible donde el hombre acepta la obediencia a Dios sin restricciones.

Los ojos de Jesús crucificado están clavados insistentes en ti. Esperan respuesta... Clava tú también tu mirada en Él: que su persona te enamore. La cruz sigue la misma, pesa lo mismo, pero tú has cambiado, el enamoramiento de Cristo te ha cambiado. Aceptas a Cristo y en Él y por Él la cruz del diario vivir.



Dios Creador

DEL CIELO Y DE LA TIERRA

CREADOR
DEL SER HUMANO

Leemos en el primer versículo de la Sagrada Escritura: «*Al principio creó Dios el cielo y la tierra*» (Gn 1, 1): Cuanto existe en el firmamento y en la tierra es creación de Dios. Salen de sus manos creadoras los astros y los seres terrestres: minerales, plantas, animales... Dios es el origen de todas las cosas y en la belleza de la creación se despliega su omnipotencia de Padre que ama.

Antes de la creación del mundo no había cosa alguna fuera de Dios: Todo era nada y solo Dios era. Él era felicísimo en Sí, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ninguna necesidad tenía de las criaturas.

Pero Dios crea las criaturas porque las ama. Libremente y por sola su Bondad y Misericordia se movió a crearlas y de la nada sacó todo cuanto existe. Y como un Padre bueno y poderoso, cuida de todo aquello que ha creado con un amor y una fidelidad que nunca decae.

La obra creadora divina se despliega a lo largo de siete días: trae orden, introduce armonía, dona belleza. *«La Palabra del Señor hizo el cielo; el aliento de su boca, sus ejércitos... porque Él lo dijo, y existió; Él lo mandó y todo fue creado»* (Sal 33, 6.9). La vida brota, el mundo existe, porque todo obedece a la Palabra divina.

Después de crear los seres irracionales creó *«al hombre a su imagen»*. Lo hizo imagen suya porque lo destinaba a participar de su misma vida y felicidad. El ser humano, el hombre, el único «capaz de conocer y amar a su Creador» es el vértice de toda la creación. Dios formó al hombre con el polvo de la tierra (cf. Gn 2, 7). Esto significa que no somos Dios, no nos hemos hecho solos, somos tierra. Y Dios sopló el aliento de vida, el alma espiritual, en el cuerpo modelado de la tierra (cf. Gn 2, 7). El ser humano está hecho a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1, 26-27). Todos, entonces, llevamos en nosotros el aliento vital de Dios, y toda vida humana —nos dice la Biblia— está bajo la especial protección de Dios. Esta es la razón más profunda de la invio-

labilidad de la dignidad humana contra toda tentación de valorar a la persona según criterios utilitaristas y de poder. El ser a imagen y semejanza de Dios indica también que el hombre no está cerrado en sí mismo, sino que tiene una referencia esencial en y hacia Dios.

Cada uno de nosotros somos hechura de Dios, de Él hemos recibido el ser que tenemos. Y nos ha creado Dios para hacernos felices con Él en el cielo. Sin la voluntad creadora de Dios, jamás habríamos llegado a existir.

Por eso Dios es mi Creador; es decir: mi Señor, mi Dueño, mi Amo. Y de aquí deriva la virtud de la adoración.

¡Qué noble, qué elevado es mi origen! ¡Vengo de Dios! Si Dios nos ha hecho, es nuestro Señor, y debemos obedecerle.

Y yo soy posesión de Dios, criatura de Dios. Y si tengo la gracia santificante, soy hijo de Dios.

¡Es tan maravilloso, tan estupendo, sentirse amado por Dios!

¡Que Dios, Creador del Universo, infinito en sus perfecciones:

sapientísimo, riquísimo, hermosísimo, omnipotente, se fije en mí y me ame! En mí, ser insignificante entre las obras que salieron de sus manos. ¡En mí, todo debilidad, ignorancia, miseria en el cuerpo y en el alma!

María Santísima creía esto vivamente. Toda la vida de la Virgen fue una pura respuesta personal y enamorada a Dios. Nada ni nadie fue capaz de romper aquel diálogo viviente entre la Criatura y su Creador.

Vivir de fe quiere decir reconocer la grandeza de Dios y aceptar nuestra pequeñez, nuestra condición de criaturas dejando que el Señor la colme con su amor y crezca así nuestra verdadera grandeza.

La consideración de estas divinas verdades deben hacer estallar nuestro corazón de gozo y de gratitud: Entrega generosa y sin reservas a Dios, para agradarle, para manifestarle nuestro amor agradecido.

Eso fue el canto de María:

«¡Proclama mi alma la grandeza del Señor, exulta de júbilo mi espíritu, en Dios, mi Salvador!».



“Dios tiene sobre usted un PLAN mucho más hermoso. ¡Esperanza!
Todo lo que es imposible de solucionar, Dios lo soluciona”.

(M. M^a Teresa De Simone)



1-2 Marcha en favor de la VIDA en Caracas (Venezuela), 3-4 Celebración del día de San José en la Residencia Comunitaria “San José” en la Coruña (España), 5-6 Representación teatral del Misterio de la Encamación en el Didascalio Santa Teresita del Niño Jesús en Lomas de Zamora (Argentina), 7 Santo Rosario por la VIDA en el Didascalio San José Obrero en Cusco (Perú), 8-9 Actividad mariana infantil con los niños de la Parroquia Nuestra Señora del Carmen y el Didascalio María Virgen Misionera en Tacarigua (Venezuela), 10-11 Procesión de San José en el Didascalio Nuestra Señora de la Esperanza en Bogotá (Colombia), 12-13 Miembro del Reinado de María asistieron a la Consagración de Rusia y Ucrania al Inmaculado Corazón de María que se realizó en la Capellina de las Aparaciones en Fátima (Portugal).

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org

www.reinadodemaria.org

